

## La isla encantada

Por: Alonso Sepúlveda \*

*Tycho Brahe realizó las medidas más precisas de la astronomía pre-telescópica desde su observatorio construido por el rey Federico II en la isla de Hven, perteneciente hoy a Suecia. Además de terrazas de observación, su palacio contaba con un laboratorio de alquimia. El trabajo astronómico de Tycho pretendía una fundamentación precisa de la astrología.*

El sentido del orden de nuestros actos, también los más pequeños y olvidables, baja desde el cielo como una lluvia exquisita. Todo en el alto cielo anuncia mi pertenencia a un destino que ignoro; pero solo sé medir, y con ello quisiera imaginar aquel arcano inflexible que comanda nuestra vigilia, nuestros tormentos de la noche.

Hoy, mi rey, en la fiesta interminable y en la efusión de los vinos me ha pedido, poniendo con mundana cortesía su dedo en mi nariz de plata, mis vaticinios sobre batallas que no han sido y sobre sus amores esquivos. En un momento de soberbia me ha exigido hablarle sobre el secreto designio que alienta los instantes del hombre sobre la Tierra. Animado por ebria exaltación, me ha pedido luces sobre el sentido de los reinos del hombre, atados siempre a las inamovibles armonías del cielo.

En las terrazas de Uraniburgo, mi observatorio en la isla de Hven, asaltado con frecuencia por el brillo insolente de los cielos de primavera y por muy serenas y límpidas noches, están plantados los más hermosos y precisos ingenios de mi espíritu y de mis manos, los más sutiles artefactos hechos por los hombres que oficiamos estos menesteres. Artificios apenas, ante el milagro del cielo: cuadrantes, sextantes, esferas armilares...

Pienso en Hiparco y Ptolomeo, en las intuidas armonías que nos vienen desde épocas lejanas, en la pausada y a veces ominosa magia de mis días; en los pasajeros tormentos que vienen con las noches de cielo sin estrellas que hacen imposibles mis medidas; en mi desazón frente a la infinitud del cielo, la que no sé si viene de la vastedad de los espacios o de la minúscula duración de la vida.

Naufraigo ante el alegre calor de un Sol que es el centro de los ritmos planetarios y que, por designios que nos desbordan, orbita alrededor de la Tierra.

Yo, Tyge Ottesen Brahe, que he mutado mi nombre en Tycho, he nacido en Dinamarca y soy siervo humilde de mi rey Federico II; a él le he dicho esta noche que el orden de los cielos no obliga a los reyes, tampoco al más humilde de sus siervos; que los cielos no niegan la libertad de los hombres, ni hacen de sus actos una necesidad, que sólo revelan que somos parte de un designio cifrado y difícil de develar; le he dicho, con humildad de súbdito y de observador de los cielos, que tan sólo somos parte de un orden que trasciende incluso a los reyes. De un orden que tal vez los hombres no estamos destinados a conocer, porque entenderlo no es quizá destino humano; que no es posible anticipar el futuro, pero que podemos acoger con humildad las sugerencias que vienen del obstinado esfuerzo de nuestras mentes que, iluminadas por el conocimiento de los astros, quieren adivinar el orden oculto de nuestros actos; que el estudio de los cielos no nos hace sus dueños, ni otorga nuevos derechos a los reyes.

Le he contado, muy cerca a su oído, lo que para el reino parece anunciar la estrella nueva que vi hace unos años...y el rey ha sido benévolo.

Ha llovido esta noche de fiesta en la que el rey ha venido a mi observatorio, seducido por una tarde que comenzó límpida, a ver en el cielo mis precarios vaticinios, a leer conmigo en las estrellas los mensajes sobre su reino y sus amores. Ante la falta de estrellas, y con inicial disgusto, ha optado por escuchar con atención mis más sutiles y cuidadas palabras.

Y luego le he dicho que no quiero sólo mirar hacia el cielo, pues las tierras y los metales traen secretos que creo ver en la ebullición de los líquidos de las marmitas ante el persistente fuego que con cuidado, allí abajo, mantienen mis ayudantes.

Pero ahora mi señor es inflexible. El cielo nublado, el vino y su poder en la tierra lo han vuelto un rey que no hace concesiones. Me ha dicho que el observatorio que me ha permitido construir con los fondos del reino es un puente entre el cielo y la Tierra y que solo quiere lo que venga de los ojos que se elevan al cielo y vaticinan, no lo que surja de esa otra mirada dirigida hacia la Tierra, mantenida con mi inicua paciencia ante el fuego de la alquimia en la que busco la transmutación de las sustancias y tal vez de los hombres.

Mi rey no entiende la unidad entre el cielo y la Tierra; no adivina, como aprendí de mi maestro Trismegisto, que lo de arriba es como lo de abajo, que las simpatías que gobiernan el mundo pueden también adivinarse bajando la mirada hacia la simple, humilde, y desconocida materia de las cosas. Tal vez su espíritu envejece.

“Al menos —me ha dicho con suave deferencia— dadme una señal que venga a la vez del cielo y de la Tierra”.

En esta noche sin estrellas aún crepita bajo nosotros en el laboratorio, ante la claridad del alba que ya se anuncia, el fuego que alimenta, que exalta y transforma los metales en mis crisoles.

Dame Dios, a través de los astros o las sustancias, una leve indicación del Orden que nos comanda.

\*\*\*\*\*

**E 'pur si muove**

*Para Guillermo Pineda*

*La abjuración de Galileo, última etapa del juicio después del cual fue confinado a su Villa en Arcetri, se realizó el 22 de junio del año 1633. Una leyenda apócrifa cuenta que al salir del tribunal pronunció la*

*improbable frase “e ‘pur si muove” (y sin embargo se mueve) refiriéndose al movimiento de la Tierra alrededor del Sol.*

El Cardenal ordenó ayer que me mostraran los hierros de la tortura. He visto esta mañana algunos, tal vez los menos hirientes, en la estancia que precede a la gran sala del tribunal del Santo Oficio. Debería sin duda agradecerles que por mis años no hayan decidido llevarme al lugar innoble donde los herejes son sometidos al metal ardiente, donde son atados hasta la confesión con los rudos lazos y condenados al dolor de huesos que viene de los potros y las ruedas de recias y punzantes maderas.

Ha sido sólo una advertencia. He visto en los ojos de mis verdugos la compasión ante el viejo que soy, pero también la mirada insolente y el gesto displicente y amenazante de quienes creen haber recibido la verdad; de quienes me han dicho que debo acogerme a las antiguas frases de Aristóteles y Tomás de Aquino. Pienso entonces en el orden del mundo que parece estar escrito en los antiguos libros y elevo mi mirada hacia los astros que me sugieren otra escritura, tal vez más pobre que las antiguas imágenes, pero seguramente más precisa y tal vez más cercana a los propósitos divinos. Es lo que he hecho en mi larga vida: intentar acercarme al orden secreto.

Recuerdo mis años en Padova y el telescopio que luego regalé al Duque de Toscana. Vi los densos racimos de estrellas de la Vía Láctea, los satélites que orbitan sin pausa en el pequeño sistema solar que Júpiter comanda; comprendí que el orden que he observado no es el querido por mis jueces; que la parsimonia que veo en los astros aventaja los pequeños deseos humanos y sobrepasa sus veneradas letras, hace naufragar las más amadas imágenes.

Yo, Galileo Galilei, recuerdo ahora a Bruno. Corre en Roma el año 1633 y he pensado largamente esta tarde en el hereje. No está lejos de aquí, del convento de Santa María sopra Minerva donde varias veces he comparecido, la antigua plaza de Campo di Fiori donde ardió Bruno cuando era yo un joven. Pienso que en las llamas no arden las ideas; sonrío ante el vano esfuerzo del poder de los señores de los Libros por oponerse a las leyes de un mundo que apenas adivinamos y que no nos está dado crear. Tal vez el fuego depure las ideas.

Pienso en las figuras y en las ecuaciones que anuncian el orden preciso del mundo y no creo en un Dios que diseña un universo que sólo se parece a lo que dicen los Libros. Siento más bien un Dios cuya escritura está en su creación. Por lo que creo, quizás sean necesarias las hogueras...

No soy yo, es el universo el hereje; es el universo el que no sigue las frases de las Escrituras; el que no se conforma, en su recóndita estructura, con los sagrados libros a los que he pedido reinterpretar. Les he dicho a los doctos que el Libro no enseña cómo es cielo sino sólo cómo ir a él...y mi frase ha sonado a ácida burla. Les he pedido mirar el mundo desde el delicado cuidado de mis experimentos, desde mi método venido de Arquímedes, con el que solo quiero pensar, experimentar, entender; no imponer, pero sí convencer. Y he visto en sus respuestas que la fuerza de mis argumentos, que creo sutiles y poderosos, es para ellos desconocida.

El cardenal Bellarmino envía a menudo sus guardias al palacio de Trinità dei Monti, sede de la embajada toscana donde Cósimo di Medici dispuso mi alojamiento, para que me acompañen a visitarlo. Como en otras ocasiones, en una larga conversación perentoria me ha advertido que la verdad no se consigue con observar el mundo, porque él ya está escrito por la divinidad; y ante las nuevas reglas precisas que le propongo, novedoso lenguaje del mundo, antepone la palabra de Dios, el buen Bellarmino.

Humilde siervo soy de la Iglesia, y sé que la debilidad de mi vejez habrá de quebrantarme. He sido siempre joven y fuerte sólo con las ideas.

\*\*\*

Pero ahora el tribunal ha decidido cuáles son mis pecados y cuál su expiación, y ha confirmado su idea de que mi ciencia es sospechosa de herejía. Habrá entonces en mis últimos años una pequeña paz sólo si renuncio a las ideas a las que me llevó mi arduo trabajo. Soy viejo y no tengo las fuerzas que el dolor exige para sostener una idea.

Un documento que tengo ahora en mis manos, el punto final de mi proceso, declara que creo que los cielos se mueven según mis jueces lo legislan. De rodillas asentiré, besaré sus anillos, y con la ayuda de

los guardias me apoyaré para levantarme y firmar, pero los cielos saben que su ritmo y su secreta armonía no fueron obra de mi voluntad, ni de la de Copérnico; que los cielos así se mueven a pesar del Libro, y que hay otra escritura que mis jueces no conocen...

*“Yo, Galileo, hijo del finado Vincenzo Galilei, florentino de 70 años de edad, habiendo comparecido personalmente ante este tribunal y arrodillado ante vos, los Reverendísimos Señores Cardenales Inquisidores Generales contra la depravación herética en toda la comunidad cristiana, teniendo ante mis ojos y puesta la mano sobre los Santos Evangelios juro que siempre he creído, creo y con la ayuda de Dios creeré todo cuanto es sostenido, predicado y enseñado por la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana. Pero, como (...) escribí e imprimí un libro en el que discuto esta nueva doctrina ya condenada y aduzco argumentos de gran fuerza lógica en su favor, sin pronunciar ninguna solución de los mismos, he sido proclamado por el Santo Oficio como fuertemente sospechoso de herejía, o sea de haber sostenido y creído que el sol se halla en el centro del mundo e inmóvil y que la tierra no es el centro y se mueve. Yo, el dicho Galileo Galilei, he abjurado, jurado, prometido y obligándome según lo acabado de expresar; y en testimonio de cuya veracidad he suscrito de mi propia mano el presente documento de mi abjuración y recitándolo palabra por palabra, en Roma, en el Convento de Minerva, este día 22 de junio de 1633.*

*Yo Galileo Galilei, he abjurado con mi propia mano, según se expresa más arriba”.*

La decisión del tribunal sólo a mí afecta, sólo a mi provisorio y precario porvenir; no a los cielos, a los que no comandan las exigencias humanas.

*\* **Alonso Sepúlveda**, profesor jubilado de la Universidad de Antioquia, estudió Física en la misma Universidad y realizó su posgrado en el Hunter College de Nueva York. Es investigador del Centro Internacional de Astrofísica de la Universidad de Roma “La Sapienza” y miembro de la Sociedad Colombiana de Física. Ha publicado con la Editorial Universidad de Antioquia los libros: *Electromagnetismo* (2009), *Los conceptos de la física: evolución histórica* (2003) y *Estética y simetrías* (2003).*